

# El integracionismo latinoamericano de José Martí

---

## The latin american integrationism of Jose Marti

*Por Elmer Robles Ortiz<sup>1</sup>*

### **Resumen**

En todo el mundo se forman agrupaciones de países, como lo avizoraron diversos pensadores latinoamericanos, tal el caso, del escritor, educador, poeta y político cubano José Martí. La presente investigación tiene el propósito de analizar el pensamiento integracionista del mencionado personaje.

Todos los procesos actuales de integración de la patria grande están vinculados con la identidad y la educación de América Latina. Y distingue con nitidez a esta de la América Sajona, la “nuestra” y la “otra”, sin sus propias palabras. Ve a América Latina como un solo pueblo.

José Martí es un pensador casi olvidado por las actuales generaciones de estudiantes y profesionales, no obstante sus precursores aportes en los campos de educación, cultura y unificación de los pueblos de esta parte del planeta.

En su pensamiento ya se encuentra presente el vocablo “integración”, usado ahora en el ámbito de las relaciones internacionales. Aquí analizamos tales ideas en los campos político, económico y social, y educativo y cultural.

**Palabras clave:** América Latina, continente, integración.

### **Abstract**

Groups of countries have been forming in all over the world as the prediction of Latin-American thinkers, such the case, of the writer, educator, poet and Cuban politician José Martí. The present research has the purpose to analyze the integrationist thought of that man.

All the current processes of integration of the great country are linked with the identity and education of Latin America. And it distinguishes with clearness this one from the other America, the “ours” and the “other one”, without his own words. See to Latin America as only one nation.

José Martí is an almost forgotten thinker by current generations of students and professionals, however their precursors contributions in the fields of education, culture and unification of the peoples of this part of the planet.

In his thinking is already present the term “integration”, now used in the field of international relations. Here we analyze such ideas in the political, economic and social, and educational and cultural fields.

**Key words:** Latin America, continent, integration.

---

1 Doctor en Ciencias de la Educación. Posdoctorado en Investigación en Ciencias Sociales. Profesor de la UPAO. Miembro de la Sociedad de Historia de la Educación Latinoamericana (SHELA), del Grupo de Investigación HISULA (COLCIENCIAS) y de la Sociedad de Investigación Educativa Peruana (SIEP). Principales distinciones: Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Trujillo, Condecoración con la Orden de Palmas Magisteriales en el Grado de Maestro (Perú) y con la Orden de Botón de Oro Pedro Rincón Gutiérrez de la Universidad de los Andes, Táchira (Venezuela).

## INTRODUCCIÓN

La humanidad vive veloces procesos de cambio en las esferas económica, política y científica. Y junto con ellos, surgen nuevos enfoques educativos. Como no bastan los esfuerzos nacionales, se crean organismos multilaterales destinados a promover el desarrollo humano aunando voluntades e integrando pueblos. En esta dirección se encuentran los países de América Latina. Uno de cuyos antecedentes lo encontramos en el pensamiento y la obra de José Martí (1853-1895), intelectual cubano decimonónico de notables aportes en el integracionismo de nuestros pueblos, la educación, la literatura y otras manifestaciones de la creación humana.

José Martí nació en La Habana, hijo de padres españoles de escasos recursos económicos. Sus primeros estudios los hizo en su propia ciudad. Y desde sus tiempos de adolescente se sintió atraído por las ideas independentistas. Precisamente, a los 16 años fue arrestado por orden de las autoridades españolas y condenado a sufrir prisión. En el penal realizó trabajos forzados y al enfermarse fue indultado y deportado a España. En este país fue alumno en universidades de Madrid y Zaragoza. Obtuvo el título de licenciado en derecho, y además cursó estudios de filosofía y letras. Siempre pensando en la libertad de su patria, pidió en la propia metrópoli, España, que esta asumiera los yerros cometidos en Cuba.

De España viajó a México, prosiguió a su país, donde ejerció labores profesoriales y de abogado. Pero nuevamente fue deportado a España por sus actitudes revolucionarias. De allí se trasladó a Nueva York donde se dedicó a fondo a sus actividades en pro de la independencia de Cuba y a la literatura. En 1892 fundó el Partido Revolucionario Cubano y la revista "Patria", destinada a la causa de la libertad de la isla. Por su firme posición en la lucha contra España, se convirtió en el abanderado de la revolución independentista de su país.

También estuvo en Francia, particularmente en París. Fue catedrático de literatura y de historia de la filosofía en la universidad de Guatemala; además cumplió función docente en la Escuela Normal Central de dicha ciudad. En verdad, su vocación docente la puso de manifiesto en diversos momentos y escenarios. Igualmente, sus inclinaciones periodísticas y literarias. También fue cónsul de Uruguay en Nueva York.

En Venezuela fue profesor de colegio y fundó la "Revista Venezolana". Publicó artículos periodísticos en diversos medios y países: "La Opinión Nacional" (Caracas), "La Nación" (Buenos Aires), "La Revista Universal" y "El Partido Liberal" (México), "La América" (Nueva York) y "La República" (Honduras). Es considerado precursor del modernismo y a su manera siguió la corriente del positivismo. Produjo una diáfana prosa poética. A veces sus escritos son incisivos y contundentes, pero no hirientes, sobre todo en lo relacionado a su posición política de lucha por la libertad de su país. Sus principales obras son en ensayo *Nuestra América*; en poesía: *Ismaelillo* (1882), *Versos sencillos* (1891) y *Versos libres* (1892). Y sus páginas de mayor relieve en la literatura infantil están contenidas en la revista titulada *La Edad de Oro*.

En 1895 salió de Nueva York en expedición expresa a luchar por la independencia de su patria. Pero cayó abatido en la batalla de Dos Ríos, el 19 de mayo de dicho año. Para relieves su heroicidad en favor de Cuba, sus compatriotas le llaman el Apóstol.

No obstante sus valiosos aportes que trascienden el ámbito cubano, en los campos de la literatura, la educación y la política, José Martí es desconocido en amplios sectores de estudiantes, profesionales y del pueblo en general. Aquí será analizado su pensamiento latinoamericanista concurrente con el proceso integrador de nuestra región.

Actualmente, se pactan en todos los continentes, *acuerdos de aranceles, uniones aduaneras, zonas de libre comercio, mercados comunes o comunidades económicas*. Estas entidades trascienden el contexto interno de los países asociados y proyectan nítidos ribetes políticos en el frente externo. Tales son los casos de la *Unión Europea* y su respectivo Parlamento, la *Asociación Latinoamericana de Integración* (ALADI), la *Comunidad Andina* (CAN), el *Mercado Común del Sur* (MERCOSUR) y la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR).

América Latina inició, formalmente, su proceso de integración económica, política y cultural, mediante diversos organismos, hace más de cuarenta años. Y el Perú participa en diversos organismos integracionistas tales como: ALADI, CAN y UNASUR, antes nombradas, además en el

*Parlamento Latinoamericano, Parlamento Andino, Parlamento Amazónico, Sistema Económico Latinoamericano y Convenio Andrés Bello.*

El presente trabajo se inscribe, pues, dentro de una visión panorámica de las grandes tendencias mundiales o futuribles, de las cuales América Latina no permanece al margen.

Ciertamente, adquiere gran importancia resaltar la obra de los grandes pensadores de los siglos XIX y XX que escribieron sus ideas sobre el integracionismo latinoamericano, las cuales debemos conocer y valorar, además comparar con la realidad de nuestro tiempo.

Entre dichos personajes figura el cubano José Martí, notable intérprete de la problemática latinoamericana, luchador por la libertad e independencia de su país respecto a España.

Nuestro trabajo es importante para las diferentes instancias del sistema educativo peruano y para los organismos responsables de la integración económica y política, además de los ya citados: Parlamento Centroamericano, Comunidad del Caribe, Unión de Universidades de América Latina (UDUAL) y Universidad Andina Simón Bolívar. Los dos últimos, lo mismo que el Convenio Andrés Bello, entidades supranacionales cuyos propósitos son los de contribuir al desarrollo integral de los países miembros mediante la promoción, el apoyo y la realización de esfuerzos mancomunados en los campos de la educación, ciencia, tecnología y cultura.

Aquí se aborda un problema propio de nuestro tiempo al que la educación institucional presta poca o ninguna atención; es actual, por cuanto los países latinoamericanos están empeñados en diversos procesos de integración. La investigación viene, pues, a propósito con los sucesos contemporáneos.

El estudio que nos proponemos nos pondrá en contacto con aspectos filosóficos, pedagógicos y políticos subyacentes o expresamente expuestos en el pensamiento de tan importante intelectual.

Por lo expuesto en párrafos anteriores, los resultados son de interés para diversos organismos integracionistas y para diversos niveles del sistema educativo.

En la revisión bibliográfica se han encontrado diversos trabajos sobre José Martí, pero ninguno según las unidades de análisis consideradas en el presente informe: integración política, integración económica y social, e integración educativa y cultural.

Para nuestra investigación es importante, en primer lugar, el pensamiento vivo de este intelectual, en especial sus libros *Nuestra América* y *La Edad de Oro*, indispensables para indagar sus ideas latinoamericanistas.

Y específicamente en lo atinente a integración latinoamericana en la visión de nuestro personaje, el aporte que mejor se ubica en la perspectiva de nuestra investigación, es el titulado *Antecedentes de la integración económica regional: José Martí desde la ausencia* de María del Carmen Pérez González (2010); y junto a él tenemos *El latinoamericanismo de José Martí* por Alberto Saladino García (2005).

Asimismo fueron muy útiles para nuestro estudio los trabajos de Blanche Zacharie de Baralt con su libro *El Martí que yo conocí* (1996), y Jesús Risquet Bueno mediante su ensayo titulado *Un acercamiento a José Martín Pérez* (II) (2008).

Otros aportes que nos han sido valiosos son *El pensamiento pedagógico de José Martí acerca de la formación docente y el currículum educativo* por Jacqueline García Fallas (2005); *Martí y la educación* por Lidia Turner Martí y colaboradores (1996).

También la información de Internet, particularmente, *El Portal José Martí* y *La Página de José Martí* en los cuales hay alusiones a integración latinoamericana. Existen otras referencias, para los efectos del trabajo que perseguimos, aunque no tan significativas como las anotadas.

Pero ningún antecedente disponible enfoca el integracionismo latinoamericano del autor estudiado en los aspectos o unidades de análisis de la presente investigación.

## 1. INTEGRACIÓN POLÍTICA

Con las expresiones “nuestra América”, “América del Sur” e “Hispanoamérica”, José Martí identifica a América Latina. Y aspira que ella sea dueña de su destino, unida, pacífica y próspera, no débil, ni atada a la cola de los más fuertes. Siempre la vio como conjunto inseparable, como patria grande: “[...] todo desprendimiento, toda limitación, le pareció empequeñecimiento. Trabajando en favor de Cuba, nunca dejó de pensar en la magna patria, la América”, anota Pedro Henríquez Ureña. (1980: 8).

En diversos pasajes de sus escritos se refiere al hecho descollante de la emancipación del continente como una obra espontánea y múltiple en que “[...] *todos de toda nuestra América, se saludaban como una nación sola*”. (Martí, 1980: 92). Entonces, si nuestra América se comportó como una sola patria, como un cuerpo unitario, en esa histórica gesta, él aspira a que los hijos de estas tierras nuevamente “[...] vean la *hermandad indispensable al continente* y los peligros y la grandeza del porvenir americano”. (Martí, 1980: 90). Es frecuente el tributo que rinde al libertador Simón Bolívar “[...] porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hoy: porque Bolívar tiene que hacer mucho en América todavía”. (Martí, 1980: 86). Piensa que el genio previsor del caraqueño se encuentre acaso en haber proclamado que “[...] la salvación de nuestra América está en la *acción una y compacta de sus repúblicas*”. (Martí, 1980: 89. Los resaltados son nuestros, ERO).

Sus juicios sobre la emancipación están siempre asociados a la idea de unidad que entonces tuvieron los países del continente, cuando en un grito unánime se declararon libres. Los conductores del movimiento con sus soldados recorrieron a caballo la América entera; atravesaron llanos y montañas y en todas partes los pueblos los aclamaban. Toda América se une con el superior propósito de alcanzar la libertad. De allí sus palabras: “¿Adónde va la América, y quién la junta y guía? Sola, y como *un solo pueblo*, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola” (Martí, 1980: 25. Los resaltados, son nuestros).

En su concepto, los luchadores de 1810 expresaron pujantes ideas humanitarias para lograr la redención de nuestros pueblos. Y lo hicieron con grandeza y pompa. Y más que el desprendimiento de la juventud de los hombres, parecía el de la juventud del continente. En efecto, la independencia fue principalmente una obra de juventud. Recuérdese las edades de sus abanderados. Esto explica las palabras de José Martí: “La libertad, cuando fue en América epopeya, tuvo aquel ejército de jóvenes gloriosos que contaban a veces más victorias que cabellos en el bozo [...]”. (Martí, 1980:163).

Afirma que la incapacidad de gobierno no está en un pueblo naciente, que pide normas acordes con su realidad para apuntar a su grandeza, sino en los gobernantes que toman leyes que, por siglos, fueron practicadas en otros lugares, para trasplantarlas en América Latina. En esta situación, “[...] el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país [...] El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser del país. La forma de gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país”. (Martí, 1980: 10-11). Por no practicar estas ideas, nuestras repúblicas han sido devoradas por las tiranías, con éstas han purgado su incapacidad para descubrir sus propios elementos constitutivos y adecuarse a ellos. Nuestros gobernantes no han sido creadores, sino imitadores de la práctica política de realidades extrañas. Por guiarse en forma absoluta mediante ideas ajenas, cometieron yerros, actuaron de espaldas a las necesidades de la población. No abrieron la república a todos y con todos los ciudadanos: faltó democracia. La libertad no fue ni sincera ni plena. Sin embargo, estas fueron la esperanza surgida en conjunto y al conjuro de las ideas durante la emancipación. Lamentablemente, la república desvió la atención de muchos problemas y las promesas encarnadas en la gesta heroica quedaron aplazadas, en espera de otros tiempos.

Ciertamente, la lucha no fue por cuestiones superficiales: el simple paso de un estatus a otro. José Martí miró a profundidad: *el problema no era el cambio de formas, sino de espíritu*, es decir, la cuestión central radicaba en el fondo de las grandes aspiraciones de emancipar a estos pueblos: dejar atrás la mentalidad de la opresión para abrazar la

mentalidad de la liberación, finalizar la colonia, etapa de dominación, y abrir camino a la república, etapa de autonomía. De allí sus palabras: “Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores”. (Martí, 1980: 14). Pero abierta formalmente la república, continuaron diversas expresiones de la vida colonial. Por eso, la república hubo de luchar contra manifestaciones de vida supérstites, incompatibles con los nuevos tiempos. Se imponía la toma de decisiones para superar grandes yerros, según Martí: la soberbia de las ciudades capitales, el triunfo ciego de los campesinos desdeñados, la importación excesiva de ideas y fórmulas ajenas, el desdén inicuo e impolítico a la raza aborigen. Nuestros pueblos buscaban salvarlos para alcanzar planos superiores propios del espíritu republicano.

Así, en sus apreciaciones críticas, Martí sostiene que América se iba salvando de diversos peligros, pero no dejaba de vivir inmersa en un cúmulo de problemas. Y encuentra que en unas repúblicas estaban inmóviles sus ansias de expansión, otras para mantener equilibrio se adentran al mar; otras derrochan recursos y caen en “el lujo venenoso”, “enemigo de la libertad” y de la moralidad que “abre la puerta al enemigo extranjero” (Martí, 1980: 16); otras acendran su espíritu viril, y otras más se preparan para hacer la guerra al vecino. Y mientras esto ocurría otro peligro rondaba nuestros países. No le venía de sí, no era endógeno, sino exógeno. Escribe al respecto: “Pero otro peligro corre, acaso nuestra América, que no le viene de sí, sino de la *diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales*, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña”. (Martí, 1980: 16. Los resaltados son nuestros).

El análisis de los hechos lo llevan a presentar las razones de ese peligro: los pueblos viriles, como el de la América del Norte, sólo aman a otros pueblos viriles; las “masas vengativas y sórdidas” pueden lanzarla a una “hora de desenfreno y ambición”; “la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil”; la acción de los pueblos atentos a los sucesos del mundo no podrán frenar “la provocación pueril o la arrogancia ostentosa”; “la discordia parricida de nuestra América”. Pero no se queda en señalar el problema, sino avanza a proponer la solución. En efecto, frente a este peligro, considera que

*[...] el deber urgente de nuestra América es enseñar como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos”. (Martí, 1980: 16-17. Los resaltados son nuestros).*

A ese desconocimiento y a ese desdén le opone la obligación de educarse los latinoamericanos así mismos y educar a los extranjeros, formando conciencia de nuestra realidad, difundiéndola, revelando la personalidad colectiva, las aspiraciones compartidas, presentándose como hijos de una sola patria, con un solo latido, por ende, con un solo cuerpo y una sola alma.

De modo expreso, sostiene que en el continente existen dos grandes realidades, o “dos factores continentales”, o “dos pueblos”, dos Américas; una que es “nuestra” y otra que no lo es. Distingue los hechos claramente:

*“En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América y todos sus pueblos son de una naturaleza o de cuna parecida e igual mezcla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que con el decoro firme y la sagaz independencia, no es posible y es útil ser amigo”. (Martí, 1980: 170. Los resaltados son nuestros).*

Por oposición a la otra América (que no es nuestra, la del norte), a la *nuestra* la llama “América del Sur”, y a sus habitantes “sudamericanos”. Según los conceptos del Apóstol, la única semejanza de “nuestra América” o América Latina con la América Sajona, “que no es nuestra”, radica en la naturaleza humana de sus habitantes: coinciden por sus estructuras biológicas y por la sustancia congénita, propias de los seres humanos, pero difieren por los factores externos, indispensables para distinguir su identidad. El origen, la historia, los modos de vida, la composición racial y cultural, así como los problemas e intereses de los países latinoamericanos no son iguales o parecidos a los de América del Norte. En cambio, en el sur, los elementos mencionados sí tienen semejanzas, y estos países en su conjunto han de guardar independencia respecto a la otra América. No encuentra ni sensato ni honorable mantener entre ambas realidades del continente relaciones de enemistad, tampoco de amistad. Los pueblos de América Latina, sostiene, hemos de vivir con el alma limpia, sin oír a los malos predicadores, sin los hábitos de ningún amo y sin lujos. Hemos de seguir la senda de nuestro propio y gradual progreso, con esfuerzo y sacrificio, enfrentando los obstáculos: “Andemos nuestro camino, de menos a más, y sudemos nuestras enfermedades”. (Martí, 1980: 170).

La similitud de los países de nuestra América es tal que, según la observación martiana, conforman propiamente un solo pueblo, producto de la mezcla de cunas y culturas, un pueblo con sus características singulares, un pueblo unitario, distinto del pueblo establecido en el norte. Las citas siguientes son sumamente ilustrativas:

“[...] *del Bravo al Plata no hay más que un solo pueblo*”.

“*Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América, aun cuando no quisiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo en una colosal nación espiritual, se amarán luego. Sólo hay en nuestros países una división visible, que cada pueblo, aun cada hombre, lleva en sí, y es la división en pueblos egoístas de una parte, y de otra generosos. Pero así como de la amalgama de los dos elementos surge, triunfante y agigantado casi siempre, el ser humano bueno y cuerdo, así para asombro de las edades y hogar amable de los hombres, de la fusión útil en que lo egoísta templa lo ilusorio, surgirá en el porvenir de la América, aunque no la divisen todavía los ojos débiles, la nación latina, ya no conquistadora, como en Roma, sino hospitalaria*”. (Martí, 1980: 77 y 194. Los subrayados son nuestros).

Ve, pues, a nuestra América, desde la frontera entre México y Estados Unidos hasta el extremo sur del continente, conformada por un solo pueblo, y así esta América ha de ser siempre, *una sola aunque no quisiera*, vale decir, no cabe renunciar a lo que es por esencia, por su naturaleza. Sus habitantes, todos ellos *hermanos*, proceden de *cuna parecida e igual mezcla* de sangres; son un solo pueblo *en alma e intento*, esto es, en su espíritu, en sus creaciones culturales y sus aspiraciones. Los que se hacen la guerra, día llegará en que *se juntarán y se amarán en una colosal nación espiritual*. La generosidad triunfará sobre el egoísmo. Los miopes no avizoran el surgimiento triunfal de una *nación latina gigante*, pero no beligerante, sino pacífica, de hombres buenos, generosos y hospitalarios, que abrirán la puerta de este hogar a todos los hombres de la tierra. Lo cual será motivo de asombro en el porvenir.

Ciertamente, Martí se ubica dentro de lo que hoy se llaman estudios de prospectiva o de los futuribles. En la Conferencia Monetaria Internacional Americana de 1891, realizada en Washington, ratifica su postura recurrente de su unionismo y pacifismo. En aquella ocasión dijo, entre otros conceptos: “*La América ha de promover todo lo que acerque a los pueblos, y de abominar todo lo que los aparte. En esto, como en todos los problemas humanos, el porvenir es de la paz*”. (Otero, 2012: Web. Los resaltados son nuestros).

Optimista, cuando en 1883 se conmemoró en Nueva York el centenario de Simón Bolívar, dice que de allí a cien años nuestros países ya serán prósperos y fuertes, “y muchos de ellos ya juntos”. (Martí, 1980: 77). A más de un siglo de aquellas frases, el proceso de integración latinoamericana es lento todavía. Y en ese lapso hubo diversos enfrentamientos armados, verdaderas peleas fratricidas en nuestros países. Por ello, otras palabras

de Martí, escritas en 1893, ya citadas en estas páginas, mantienen vigencia: “Bolívar tiene que hacer mucho en América todavía”

Condena el “concepto falso y criminal de americanismo” que empuja a nuestros pueblos a la “dependencia y servidumbre [...] por equivocado amor a formas ajenas y superficiales de república”. A ese americanismo le opone otro, que califica de “sano”: “Lo que el americanismo sano pide es que cada pueblo de América se desenvuelva con el albedrío y propio ejercicio necesarios a la salud, aunque al cruzar el río de moje la ropa y al subir tropiece, sin dañarle la libertad a ningún otro pueblo –que es puerta por donde los demás entrarán a dañarle la suya-, ni permitir que con la cubierta del negocio o cualquier otra lo apague y cope un pueblo voraz e irreverente” (Martí, 1980: 170).

Dice que los pueblos tienen sus peculiaridades, sus ideas y hábitos, sus actitudes de expansión y adquisición, como también de vanidad y avaricia, que en caso de desorden interno o por la precipitación del carácter acumulado, pudieran “trocar en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara percederas e inferiores”. Pero no ha de suponerse, añade, por antipatía, “una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente”. Ni la diferencia de idioma, ni de organización política, ni la carencia de ayuda a las otras repúblicas americanas, los considera motivos de animadversión al pueblo estadounidense. Para resolver el problema con Estados Unidos, aboga por “la unión tácita y urgente del alma continental”. (Martí, 1980: 17).

Rechaza las posturas criminales del americanismo encubierto que, por su codicia, atenta contra la libertad y soberanía de pueblos considerados débiles y, por ello, presas del sometimiento por parte de la voracidad de los más fuertes.

Sus ideas americanistas las encontramos en textos de diversa temática: política, sociológica, filosófica, literaria... Así, refiriéndose al poema “Los arabescos de Equino” del autor venezolano José Antonio Calcaño, anota Martí, en alusión al mensaje: “Cubano es el poema, y ¿por qué no decir, con esta *ciudadanía en que ardemos todos*, que es cubano el autor?” (Martí, 1980: 121. Los resaltados son nuestros). Esta frase, como claramente se advierte, políticamente contiene la esencial y específica idea de la integración latinoamericana, atinente al anhelo de ciudadanía compartida por todos en la patria grande. Martí identifica al autor no sólo como un poeta nacido en Venezuela, por ende ciudadano de ese país, sino también ciudadano de Cuba, porque todos los hijos de estas tierras llevamos encendida la llama de la hermandad y de la misma ciudadanía. Allí está la idea de una América Latina unida, de modo tal que venezolanos o cubanos, peruanos o ciudadanos de cualquier otro país de esta porción del mundo, aspiramos a la ciudadanía continental, sin distinción reducida en términos absolutos y excluyentes, a los contornos físicos del país donde hemos nacido.

Siempre pensando en la pujanza de América Latina, Martí sostiene que nuestros países deben terminar con su dispersión, dejar de ser “el pueblo de hojas, que vive en el aire”, por ello, débil, para alinearse como un solo pueblo, unido, para defenderse de los más poderosos. De modo metafórico escribe: “Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! *Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata de las raíces de los Andes*”. (Martí, 1980:9. Los resaltados son nuestros). Allí está su claro mensaje: nuestros países, árboles aislados y endeble, no deben dejarse arrebatar como las hojas de su copa por el viento, sino alistarse en bloque cerrado, firme, compacto, como las riquezas enriquecidas en nuestras montañas e impedir el dominio de parte de los países hegemónicos.

Su análisis de los hechos, lo lleva a plantear la alternativa para el futuro de América Latina: de un lado, el de trocar por la paz y la libertad, sin ninguna codicia, “los apetitos y los odios del mundo”, incluidos los celos de vecindad entre latinoamericanos; y del otro, “el de *desmigajarse en las manos de sus propios hijos, o desintegrarse en vez de unirse más*”. La esperanza del autor está en decidir por lo primero: no quebrarse o partirse en migajas, no descomponerse, sino mantenerse integrados, estrechar su unidad, lo cual considera un “oficio grandioso”; mientras lo segundo sería una renuncia a su destino histórico, implicaría ir a la zaga de quien se le ofreciese de zagal, o deambular pidiendo limosna. (Martí,

1980:26-27. Los resaltados son nuestros).

Aquí es pertinente poner en relieve el verbo reflexivo “desintegrarse”, con el cual Martí alude al peligro de nuestros pueblos de dividirse o disgregarse más cuando en verdad debería ser al contrario, integrarse, juntarse; por eso a dicha formulación verbal añade la expresión “en vez de unirse más”. De este modo, su frase “desintegrarse en vez de unirse más” connota nítidamente la equivalencia de los conceptos de “integrar” e “integración”, con los de “unir” y “unificación”, respectivamente, usados ahora en las relaciones internacionales cuando se trata de la conformación de grandes bloques regionales o subregionales de países, como sucede en América Latina. Y así estaríamos frente al primer caso de un pensador de nuestras latitudes que utiliza este concepto con el verbo *integrar* -presentado en su forma negativa o antónima, *desintegrarse*- con el significado adquirido en el mundo contemporáneo. Después de Martí, es José Vasconcelos quien utiliza el concepto de integración con el mismo sentido actual de formación de conglomerados de países. Lo hizo en una conferencia sustentada en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en 1916. (Incluido en Matute, 1987). Posteriormente, y en forma rotunda, lo encontramos en Antenor Orrego mediante su libro *Pueblo-Continente*, fechado en enero de 1937 pero publicado su edición príncipe en 1939. (2011, I).

Y siempre con optimismo de realizador, Martí advierte el surgimiento de una nueva generación de latinoamericanos que se va librando de la influencia extranjerizante y va produciendo su propia cultura. Y con ello avizora y anuncia la llegada del momento de una América Latina unida. En todo exclamatorio escribe: “¡ Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, *la América trabajadora; del Bravo a Magallanes*, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Zemí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la *América nueva!*” (Martí, 1980:18. Los resaltados son nuestros). A esta América la llama nueva, porque la ve diferente, laboriosa y unida, una patria de gran extensión desde los límites con la otra América hasta la extremidad del cono sur, vastedad por toda la cual germinan las ideas de fraternidad cuyas raíces se hunden en tiempos remotos.

## **2. INTEGRACIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL**

Cuando nuestra América ingresa a la vida independiente, según Martí, era tan sólo una visión con tres elementos: pecho de atleta, manos de petimetre, frente de niño, y a ello se añadía la cubierta de una máscara representada por la vestimenta foránea, un disfraz con la mixtura de prendas de Inglaterra, Francia, Estados Unidos y España. Vale decir, América no exhibía una definición de su identidad, estaba bajo la influencia extranjera, imitaba a los países desarrollados; su imagen era fantasmagórica, la distorsión de su ser. Filosofía, literatura, política, modos de vida... venían como productos en fardo cerrado, y se abrían aquí, para su uso. En una realidad con tales características, el indio, el negro, el campesino, vivían excluidos. Escribe nuestro pensador: “Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado”. (Martí, 1980:14-15). Efectivamente, tremenda herencia se prolongó por largos años en la república. El enraizado espíritu de la colonia se adentró hasta el siglo XX en actitudes personales e institucionales, sobre todo en los grupos sociales de mayor solvencia económica y en quienes se jactaban de su parentesco con terratenientes españoles, y hubo ciudades donde entonaban, orgullosos, himnos de añoranza a “bravos centauros hispanos” que conquistaron estas tierras.

En estos grupos se encuentran los por él llamados “hombres de siete meses”, que carecen de fe en su país y de espíritu emprendedor, quieren la vida fácil, con joyas y lujos, pensando en Madrid o París. Son “insectos dañinos”, esquilman a la patria, le roen sus entrañas, se avergüenzan de haber nacido en América por el estigma indio asociado a ella. Y los califica con dureza: “¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque lleva delantal indio [...] ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos!” (Martí, 1980:10).

Es, pues, directo y claro en su crítica a los renegados; les enrostra su ignominiosa renuncia a

los suyos.

Pero mirando el futuro, sostiene que los pueblos hermanos del continente han de vivir criticándose, porque la crítica es saludable para avanzar, “pero con un solo pecho y una sola mente”, esto es, sin antagonismos estériles. Aspira a una América Latina sin excluidos, fraterna y sin tensiones entre pueblos vecinos. Exclama: “¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país! *En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos*”. (Martí, 1980:15-16. Los subrayados son nuestros). Allí está la América nueva, pacífica, laboriosa, con sinergia, cuyos países comprenden para ser comprendidos y terminan con el hielo en sus relaciones.

En esta América, los gobiernos han de ponerse al lado del pueblo y abrir las puertas a los agentes creadores de riqueza en las industrias, en la agricultura, y no cerrarlas, porque en concepto de Martí, tales actividades beneficiarán al pueblo. Por eso alaba la obra de México de 1882 que no se queda en la minería, sino que llega al agro, a la apertura de vías férreas y otros rubros.

Los temas económicos presentes en los textos de Martí, no le dejan dudas a autores como Pérez González, de reconocerlo como uno de los principales exponentes del pensamiento cubano en esta materia. Escribe este autor: “La integración económica regional pasa por la unidad: de intereses, de voluntad, de políticas comerciales, de mercados, de monedas... En Martí la unidad constituye uno de los pilares fundamentales de su pensamiento y de su acción”. (Pérez, 2010:5). Y acude a diversas fuentes para ratificar sus afirmaciones. Así, cita a Torras cuando éste dice de Martí: “Su labor en el campo de la economía, como comentarista agudo, observador perspicaz de la realidad circundante y productor de ideas y observaciones de tan honda previsión que hoy siguen teniendo plena vigencia y que se agigantan y hacen más luminosas por el transcurso del tiempo y la contrastación con los hechos, se inicia desde muy joven”. (Pérez, 2010:3).

Martí considera útil proteger una industria, mientras las restricciones necesarias para el caso no afecten a la nación con un sacrificio mayor al beneficio que haya de obtener. Y si las industrias han crecido, ya no requieren protección porque no es prudente mantener esta medida de modo permanente.

Encuentra ventajoso para un país que ha acumulado grandes fortunas y está “sobrado de capitales deseosos de exportación”, como sucede con el “dinero del Norte”, buscar “otro país al que pudiera convenir importarlos”. (Martí, 1980:60). Anota los casos de algunos acaudalados estadounidenses interesados en sacar sus capitales en forma de empresas con destino a América Latina, particularmente a México, Honduras y Colombia. Pero los países receptores han de ser cuidadosos en mantener los equilibrios en estos tratos.

En tal sentido, critica de modo específico el caso de un país centroamericano en sus relaciones con los extranjeros, en los siguientes términos: “De un tiempo atrás —escribe en 1894— venía apenando a los observadores americanos la imprudente facilidad con que Honduras, por sin razón visible más confiada en los extraños que en los propios, se abrió a la gente rubia que con la fama de progreso iba del Norte a obtener allí, a todo por nada, las empresas pingües que en su tierra les escasean o se les cierran”. (Martí, 1980:171).

No se opone a las inversiones extranjeras que generan puestos de trabajo, incrementan la producción y promueven relaciones cordiales, con honradez: “[...] se le ha de abrir hueco ancho, como a un árbol nuevo; pero con el pretexto del trabajo y la simpatía del americanismo no han de venir a sentársenos sobre la tierra, sin dinero en la bolsa ni amistad en el corazón, los buscavidas y los ladrones”. (Martí, 1980:171).

Son diáfanos sus ideas al exigir a nuestros gobiernos relaciones transparentes y favorables con Estados Unidos y otros países. No se trata de captar inversiones de cualquier forma, sino de hacerlo bajo ciertas condiciones que no afecten ni la soberanía ni los intereses nacionales de los países latinoamericanos, sin deslumbrarse por el poderío y los niveles de progreso de los más avanzados. Hay en sus palabras un trasfondo de selectividad en el trato, sujeta a ciertos criterios entre los cuales están junto a los valores del afecto y la probidad, la equidad en las ganancias.

Sostiene que la grandeza de un pueblo no se halla en su tamaño, ni en su comodidad material, ni en las formas de obtener ganancias, tampoco en esa riqueza desenfrenada que conduce a

la crudeza y sordidez de los hombres, y a la venalidad y egoísmo de sus mujeres, sino en la generosidad de sus hombres y pureza de sus mujeres, cualquiera sea el tamaño de su territorio y la cantidad de su población. Y esto lo han de tener en cuenta los gobiernos en sus relaciones con otros países.

Expresó sus preocupaciones por el desarrollo de dichas relaciones, sobre todo en lo atinente a las conferencias internacionales americanas convocadas por Estados Unidos. Su ansiedad se originaba en las negativas repercusiones económicas y políticas que podrían acarrear dichos eventos. Evaluó la conferencia de 1890 como la vía del país organizador para extender sus dominios, vendiendo sus productos a las naciones del continente de menor poder, y al mismo tiempo, como una forma de defensa de los intereses estadounidenses frente a los de Europa en estas latitudes. Participó en la Conferencia Monetaria Internacional Americana de 1891, celebrada en Washington, como delegado de Uruguay. En ella se trataron temas tales como los relacionados a documentos mercantiles, despachos de aduanas, uniformidad de pesas y medidas. En ese cónclave, Martí estuvo de acuerdo con la uniformidad de la moneda y con el mantenimiento del bimetalismo: el empleo del oro y la plata como patrones monetarios.

Y sintió complacencia al escribir que la “ventaja del decoro de los pueblos latinoamericanos en la conferencia” estuvo en “el visible respeto, y mayor conocimiento, con que hablan de ellos, cuando asombrados y confusos, los que paran a ver mucho de lo que tenían por incapacidad ajena era ignorancia suya”. (Pérez, 2010:8 y 9).

Sintió satisfacción con este evento porque los países latinoamericanos tuvieron una participación compartida frente a los intereses hegemónicos de Estados Unidos, lo cual no excluía la disposición a negociar de buena fe con dicho país, y ésta a su vez, no era obstáculo para mantener y fortalecer las relaciones con Europa y entre los propios países ubicados al sur del río Bravo. Igualmente considera que es un afectuoso deseo el de ayudar, con Estados Unidos y con todos los demás pueblos del mundo, a todo cuanto contribuya al bienestar y la paz entre los hombres.

Comentando en un artículo, a raíz de la conferencia citada, la idea de una unión política y económica con Estados Unidos, escribió:

“Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político”. “El pueblo que quiere ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes”. (Martí, 1992: II, 501).

Previene en ese artículo los riesgos de asociarse a un país fuerte en asuntos económicos de los que los países latinoamericanos, pasarían con desventaja al campo político.

Si bien está imbuido de un americanismo sano, eso no impide su expresión universalista, la identidad esencial del hombre, por encima de espacios y tiempos. Expresa al respecto: “El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas”. (Martí, 1980:17). No sólo le preocupa las luchas fratricidas entre latinoamericanos, sino el enfrentamiento entre los hombres de todo el mundo. Lo cual no se contradice con sus actitudes en favor de la independencia de Cuba, precisamente, para que sus habitantes no sufran la opresión de siglos atentatoria de la vida igualitaria y digna de todos los seres humanos. Y es clara su posición antirracista. Vivió el problema racial en Estados Unidos, denunció mediante artículos periodísticos el exterminio del indio, la persecución del negro y de otros grupos minoritarios, todos ellos con sus derechos civiles conculcados. No podía ser otra la de un pensador cargado de humanismo.

### **3. INTEGRACIÓN EDUCATIVA Y CULTURAL**

Concibe a la literatura como la expresión del pueblo que la crea. En su opinión, los que se limitan a copiar el espíritu de los literatos de otras latitudes, ignoran a su patria, no reconocen su propio espíritu, no son más que sombras de sí mismos y limosneros por todas partes. Y es que los pueblos por largos años sometidos, una vez declarados libres, tardan por lo menos igual tiempo en quitarse el peso del colonialismo, para manifestar sus genuinas creaciones

espirituales. Siguió con atención la producción intelectual de los países latinoamericanos. “En América –anota Henríquez Ureña- todo le interesa y todo lo bueno le entusiasma; pero no sin crítica: así sus elogios de obras de autores nunca son mezquinos, pero nunca excesivos, y si hay imperfección la señala discretamente, de paso”. (Henríquez, 1980: 8). Esa actitud en sus apreciaciones no sólo la exhibe en el plano intelectual, sino también en su lucha por lograr la independencia de Cuba del dominio hispano. Por eso el comentario de Gabriela Mistral: Martí hizo el milagro de pelear sin odio.

Por su fina sensibilidad, percibió cambios favorables tanto en el trato como en la producción intelectual de los latinoamericanos. Demos paso a sus propios vocablos:

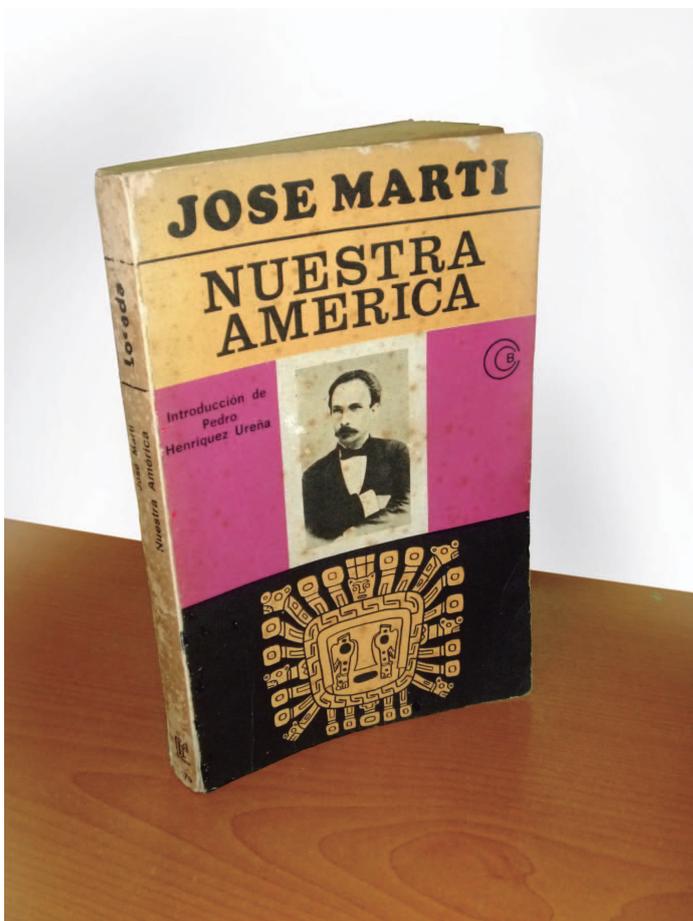
“Ni el libro europeo ni el libro yankee daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil [...] se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. “¿Cómo somos?”, se preguntan, y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojimar un problema, no van a buscar la solución a Danzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que *la salvación está en crear*. Crear es la palabra de pase de esta generación”. (Martí, 1980:15. Los subrayados son nuestros).

Muchos más tarde, Antenor Orrego coincidirá con estas frases cuando anota: “El escritor americano de hoy, cualquiera que sea su categoría mental, no tiene sino una palabra de orden: crear”. (Orrego, 2011: I, 84). Y esta idea es, por cierto, extensiva a todos los intelectuales. Y precisamente, Orrego y su generación escucharon el llamado de su propia conciencia; se ubicaron en la línea de la creatividad y la identidad del Perú y América Latina.

La solución a nuestros problemas no se encuentra en los libros extranjeros, que responden a otras realidades. Tampoco en el odio entre pueblos hermanos. Por eso, saluda que se abra paso al amor, a la comprensión, al conocimiento mutuo de los pueblos latinoamericanos, y la búsqueda de soluciones en estas tierras y no en la lejana Europa. No niega el afrancesamiento entre los intelectuales, pero relleva su cambio de actitud: ir dejando la copia para entrar a la producción propia; pasar de la imitación a la creación.

Destaca el surgimiento de estudiosos directos de la naturaleza, lectores que aplican y no copian, economistas que no temen dificultades, oradores sobrios, dramaturgos inspirados en temas nativos, academias que discuten asuntos viables, poetas alejados de la imitación, prosistas de palabra centellante y cernida, y cargada de ideas. Y autoridades en pueblos de indios que aprenden la cultura india.

Para Martí, es bueno alimentarse por el recuerdo y la admiración, por el estudio y la compasión, de la realidad donde se nace, crece y muere. Esto explica sus elogios a la literatura indígena, sobre todo cuando se trata de la poesía y la imaginación que florecieron en tierras cálidas, cuya valía sólo negarán quienes no han leído alguno de los retazos de estas obras salvados de las manos de los obispos españoles. Comparándola con el *Mahabharatta*, más sentencioso, y el *Shahnameh*, más grave, encuentra las



profecías de Chilam Balam, de Yucatán, más reposadas y profundas, las odas de Netzahualcóyolt, el mexicano, más sublimes; más reposados los dramas peruanos, el *Ollantay* y el *Uska Páucar*.

Resalta que los indios narraban con gracia, le daban colorido a sus cuentos, sus escritos muestran el gusto por la simetría y el ornato; reflejan su alma ingenua y su imaginación vívida. En las escasísimas páginas o restos de sus obras, libradas de las manos destructoras, en sus folios y piedras, relatan sus luchas con más lujo y pasión que los griegos: “¡Qué augusta la *Ilíada* de Grecia! ¡Qué brillante la *Ilíada* indígena! Las lágrimas de Homero son de oro; copas de palma, pobladas de colibríes, son las estrofas indias”. (Martí, 1980:186).

Anota Martí que el aldeano vanidoso cree que el mundo entero se reduce a su pueblo, y acepta por bueno el orden de ese mundo siempre y cuando él sea el alcalde de su comunidad, o le pongan en aprietos al que sedujo y le quitó su novia, o si aumentan sus cuentas de ahorros; sin embargo ignora la existencia de gigantes cuyos pies calzan botas de siete leguas y hasta pueden aplastarla con una de ellas; igualmente no sabe de otros *devoradores de mundos*. Es decir, el aldeano no mira más allá de los linderos de su pueblo. Carece de una amplia visión lograda por la obra educativa. Entonces, es de vital importancia que el habitante de la América aldeana despierte presto para usar “las armas del juicio que vencen a las otras” 9. (Martí, 1980: 9). Y ese despertar y ese uso de las armas del juicio son incumbencia de la educación. En esta perspectiva, está convencido el héroe cubano del poder de la mente productora de ideas: “Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras”. “No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados”. (Martí, 1980:9).

No cabe duda del valor que le concedió a la educación para formar conciencia en cada comunidad de no aislarla, sino dirigir la mirada hacia el horizonte, al conjunto de América Latina; estar alerta a los *gigantes de siete leguas y devoradores de mundos*, esto es, a los países más fuertes, merodeadores de países débiles, detenerlos con las armas de la inteligencia. La unidad de nuestros pueblos no es, pues, sólo problema y decisión de los gobiernos, sino de todos los ciudadanos, incluidos los habitantes de nuestras aldeas dispersas en el amplio espacio continental.

Esa toma de conciencia implica el conocimiento recíproco de los países de este lado del planeta. No será posible la integración entre países que no se conocen bien. Dejemos al propio Martí discurrir con sus acertadas expresiones: “Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, *han de encajar, de modo que sean una, las dos manos*”. (Martí, 1980:9. Los resaltados son nuestros). Al respecto cabe preguntar: ¿Cómo hacer frente a los devoradores de mundos, si entre países hermanos, díscolamente, se enseñan los puños y se hacen la guerra por disputa de algún territorio o por algún otro problema que resulta pequeño en comparación con los gigantes de siete leguas que amenazan con aplastar a dichos países? Martí hace un llamado urgente al mutuo conocimiento, a la unidad, a que nuestros pueblos sean un solo bloque, que no sean varias manos alzadas para pelear entre hermanos, sino una sola para impedir el avance de países con vocación imperial.

Es incansable en tratar a nuestra América en su conjunto. No reduce sus observaciones y esperanzas a su país ni sólo al Caribe, su contexto más cercano. Extiende su visión a todo el cuadro de nuestros pueblos, mira a lontananza. Tampoco regatea el lenguaje exclamativo cuando se trata de expresar su fe en el porvenir, porque sería oponerse “a lo que está escrito por la fauna y los astros y la historia”, vale decir, contrariar lo determinado por las fuerzas telúricas y humanas: nuestro destino que nos llama a la integración. He aquí otra muestra de este tono del maestro: “¡Manto admirable echó naturaleza sobre los hombros de la América! Se verá un espectáculo sublime el día que se sienta con fuerza y despierte! ¡Qué franjas nuestros ríos! ¡Nuestros montes ¡qué rosas! ¡Qué bordados, nuestros pensamientos! ¡Nuestras almas, qué águilas! ¡Manto admirable echó naturaleza sobre los hombros de América!” (Martí, 1980:186).

Bajo este manto, se eruirá algún día la América Latina integrada, en un acontecimiento maravilloso, en una conjunción de la naturaleza con las ideas y las almas de sus hijos. Y ello supone un pueblo educado, preparado, consciente de su responsabilidad histórica. Así lo ve Martí.

## CONCLUSIONES

En los textos de José Martí encontramos el concepto “integración”, con el significado adquirido en las relaciones internacionales del mundo contemporáneo. Pero lo expone con el verbo reflexivo “desintegrarse”, para dar a entender lo peligroso de tal hecho entre los pueblos hermanos de América Latina, de allí el añadido de la frase “en vez de unirse más”. Entonces, como el antónimo de desintegrarse es integrarse o unirse, a sus términos le asigna inequívocamente la connotación de una aspiración, la de “unificación” o “integración”, vocablo éste último muy usado ahora en el contexto internacional cuando se trata de la conformación de grandes bloques regionales o subregionales de países, como sucede en América Latina. Y así estaríamos frente al primer caso de un pensador de nuestras tierras que utiliza este concepto, a fines del siglo XIX, con el significado adoptado en los tiempos actuales.

Distingue dos grandes realidades en el continente, “nuestra América”: la América Latina, hacia el sur, y la América que “no es nuestra”, la América Sajona, hacia el norte. La similitud de los países de nuestra América es tal que, según la observación martiana, conforman propiamente un solo pueblo, producto de la mezcla de cunas y culturas, un pueblo con sus características singulares, un pueblo unitario, distinto del pueblo establecido en el norte. Y así ha de ser siempre, un solo pueblo en su espíritu, en sus creaciones culturales y sus aspiraciones. Avizora en esta parte del planeta una colosal nación, una patria gigante que abrirá sus puertas a todos los hombres de la tierra.

El anhelo de la ciudadanía continental -sin reducirla en términos absolutos y excluyentes a los contornos físicos del país donde hemos nacido- es una idea de la integración en el terreno político de la cual el gran pensador cubano es precursor, y que ahora se extiende como uno de los futuribles latinoamericanos.

Plantea la práctica de relaciones transparentes y favorables con Estados Unidos y otros países. Dentro de ese marco, las inversiones habrán de hacerse bajo ciertas condiciones que no afecten ni la soberanía ni los intereses nacionales de los países latinoamericanos, sin deslumbrarse por el poderío y los niveles de progreso de los más avanzados. Es selectivo en el trato con otras naciones, según criterios financieros y morales.

Es incansable en tratar temas de nuestra América en su conjunto. No reduce sus observaciones y esperanzas a su país, Cuba, ni sólo al Caribe, su contexto más cercano. Extiende su visión a todo el cuadro de nuestros pueblos; mira a lontananza. Su filosofía es una filosofía inscrita en los grandes futuribles o estudios de prospectiva.

Como no será posible la integración entre países que no se conocen bien, se hace imperativa la toma de conciencia de esta necesidad. He allí el papel de la educación en el pensamiento martiano. La integración de nuestros pueblos no es, pues, sólo problema y decisión de los gobiernos, sino de todos los ciudadanos latinoamericanos.

Fiel a sus ideas acerca de la identidad, el hombre latinoamericano se debería formar esencialmente con una mentalidad propia de nuestros pueblos, sin la copia de ideas de otros ámbitos porque producirían una imagen ridícula y distorsionada de la realidad.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- González Serra, Diego. (1996). José Martí y la formación del hombre, en *Martí y la educación*. La Habana, Editorial Pueblo y Educación
- Guadarrama González, Pablo. (2003). *José Martí y el humanismo en América Latina*. Bogotá, Convenio Andrés Bello.
- Henríquez Ureña, Pedro. (1980). Introducción, en Martí, José. *Nuestra América*, Buenos Aires, Editorial Losada.
- Hernández Oscaris, Roberto y Vega Jiménez, Elsa. (1995). *Historia de la educación latinoamericana*. La Habana, Editorial Pueblo y Educación.
- Jerez Mariño, Hubert. (1999). *El cantar de Martí*. Jerez, Plantation Publishing Inc.
- Marrou Roldán, Aurora. (2009). *Historia de la educación peruana y latinoamericana*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

- Martí, José. (1980). *Nuestra América*. Buenos Aires, Editorial Losada.
- \_\_\_\_\_. (1992). *Obras escogidas*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, tomo II
- \_\_\_\_\_. (1995). *La Edad de Oro*. 2ª ed. La Habana, Editorial Pueblo y Educación.
- \_\_\_\_\_. (1990). *Ismaelillo*. La Habana, Editorial Pueblo y Educación.
- Matute, Alvaro. (1989). *José Vasconcelos y la universidad*. 2ª. ed. Universidad Nacional Autónoma de México, México, D. F.
- Nassif, Ricardo. (1993). José Martí (1853-1895), en *Perspectivas. Revista trimestral de educación comparada*. UNESCO, Oficina Internacional de Educación. Vol. XXIII, N°s. 3-4, París.
- Orrego, Antenor. (2011). *Obras completas*. Lima, Editorial Pachacutec, tomo I.
- Otero, Mariano H. José Martí en Nueva York: un cónsul uruguayo fuera de serie, según tres fuentes. [http://www.laondadigital.com/laonda/la\\_onda/301-400/341/b3.htm](http://www.laondadigital.com/laonda/la_onda/301-400/341/b3.htm). Recuperado el 11-02-12.
- Pérez González, María del Carmen. Antecedentes de la integración regional: José Martí desde la ausencia, en <http://www.josemarti.cu/?q=dossier&nid=37818pos=1> Recuperado el 28-10-10.
- Risquet Bueno, Jesús. Un acercamiento a José Martí Pérez (II), en [http://www.trabajadores.cu/secciones/cuba/cuba\\_por\\_dentro/un-acercamiento-a-jose-marti...](http://www.trabajadores.cu/secciones/cuba/cuba_por_dentro/un-acercamiento-a-jose-marti...) Recuperado el 28-10-10.
- Saladino García, Alberto. (2005). El latinoamericanismo de José Martí, en *Latinoamérica. Revista de Estudios Sociales*. N° 041. México D.F., Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sánchez, Luis Alberto. (1971). *Escritores representativos de América*. Primera serie, 3ª ed. Madrid, Editorial Biblioteca Románica Hispánica, tomo II.
- Sorel, Andrés. (1995). José Martí y el periodismo creativo, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Los Complementarios 15, Madrid, Impresos y Revistas, mayo de 1995.